

EL DEFENSOR DEL OBRERO

El Estado y las huelgas

«Cuando las huelgas han tenido carácter profesional, el Gobierno no ha intervenido nunca. Pero cuando se convierten en un atentado contra la nación, el Gobierno debe aniquilar las huelgas y evitar la guerra civil».

Estas frases son del ministro francés del Interior, M. Steey, socialista y miembro del gabinete del socialista Millerand, que acaba ahora de disolver la Confederación del Trabajo en Francia.

Deben meditar esas palabras, y las meditarán con fruto, los que no saben o no quieren distinguir entre cosas tan diferentes como la libertad del trabajo y la dictadura de los trabajadores, las huelgas de carácter profesional, licitas y razonadas, de esas otras que constituyen atentados contra la nación, o contra el progreso y bienestar de las poblaciones.

La jornada de ocho horas es el 29 por 100

Un aficionado a los números ha hecho varios cálculos curiosos relacionados con la jornada de ocho horas y sus efectos. El cálculo es muy curioso y podría resultar provechosa la comparación.

Seis días por semana a ocho horas de trabajo, dar cuarenta y ocho horas productivas por noventa y seis improductivas. Pero como la semana consta de siete días, o sea uno más de descanso, resulta que no se trabaja en la proporción antedicha sino en la de 48 horas por ciento veinte.

Esto da por mes, doscientas diez horas de trabajo por quinientas diez de descanso; y por año, contado solo cinco festividades, dos mil quinientas veinte horas de actividad por seis mil doscientas cuarenta de inactividad.

O sea, reduciendo estas horas a días, ciento cinco días productivos, por año, contra 270 improductivos.

En resumen: que según el nue-

vo horario de trabajo, el tiempo laborable queda reducido a menos del 29 por 100 destinándose al descanso más del 71 por 100.

Aforismo

En la clase pobre, se muere de hambre; en la clase rica, de tedio y de vicios y el burro de carga es la clase media a la que le quedan, todos los oficios.

F. SALGADO Y LÓPEZ QUIROGA

LA MODA

En una de las asambleas que con tanta frecuencia celebra el demonio con sus infinitos correccionarios en el infierno, se trató sola y exclusivamente de buscar un medio para hacer perder por completo la honestidad en la mujer.

Entre otras muchas maneras, se presentó la de las modas obscenas, que fué aprobada por unanimidad y reconocida como el medio más propio para el fin que se proponían.

Y desde entonces trabajan incansablemente para conseguirlo, pues, aunque desgraciadamente han alcanzado mucho, todavía (si Dios no lo remedia) piensan llegar más adelante.

Hete aquí, lector o lectora, el origen de las modas inmortales que hoy padecemos, que no podían tener otro que del mismísimo demonio.

Empezaron su nuevo ardid con tanto fruto, que en poco tiempo han conseguido implantar una infinidad de modas, cada cual más indecente. Entre otras la de los vestidos cortos, estrechos, descotados, etc.

Después que alcanzaron la pérdida de la honestidad en la mujer, quisieron valerse de ella como de instrumento para tentar a los hombres, como lo prueba la siguiente frase escapada de los labios de un joven en una concurrida calle de una importante capital de Andalucía en ocasión en que pasaban junto a él unas señoras vestidas todo lo impudicamente que el mismo Satanás les podía sugerir:

¿Y qué culpa tenemos nosotros de los malos pensamientos?

¡Y cuánta verdad decía este joven! Si, no lo tienen los hombres; la tenéis vosotras, que tenéis la desfachatez de presentaros al público vestidas de ese modo, que en más de una ocasión me ha hecho dudar si seréis *mujeres vestidas de demonios o demonios vestidas de mujeres*.

¡Ah, si la mujer, sobre todo la mujer española y cristiana, se parase a considerar el oficio que hace, que no es otro que el de demonio tentador; si se diese cuenta de los muchos pecados que por su causa se cometen cada vez que viste de ese modo, y meditara seriamente que de todos y cada uno de ellos ha de responder con la propia alma!... Tal vez no se atreviera a salir así.

VICENTE ANDRADE FERNANDEZ.
Seminarista

Estudios Sociales

MI RECETA

Carísimo lector: cada vez que en tu trato con las gentes hayas oído decir que a alguien sufría de cualquier afección o dolor, habrás visto surgir, incontinenti, espontáneo Galeno recomendando como *eficacísimo remedio* (que a él dió siempre excelente resultado) la aplicación de *tal o cual cosa* que en algunas ocasiones, *ni Pepa ni Manuela* y, en cambio, en otras se usó puede producir trastornos considerables, poniendo en peligro nuestra vida.

Pues, bien; eso mismo que ocurre cuando de males individuales se trata, sucede también cuando a enfermedades colectivas se refiere; y rara es la reunión en la que no hay un individuo capaz de curar a nuestra desdichada España del desequilibrio mental que padece, ofreciendo, cada cual infalible, *eficacísimo remedio* que, de ser aplicado, sería o *ni Pepa ni Manuela*, o produciría trastornos considerables, funestos a la humanidad.

Y así como cuando, tratándose de males individuales, te aseguran que un emplasto de *prax griega* y manteca de *gorrión*, aplicado al noveno espacio intercostal, curaría radicalmente la diabetes, o que tomando nueve sorbos dia-

rios, durante nueve días consecutivos, de cocimiento de rabos de bacajena macho se cura el *aliadón*, también, cuando de la inestabilidad nacional se trata, te dicen que con la *implantación de la República*, *Cortando cabezas de gobernantes o saqueando e incendiando fábricas y comercios*, volveríamos a gozar de la normalidad de la vida que, como Dios no lo remedie, seguirá de mal en peor, cada día; y recordando tiempos pasados, podremos decir como el poeta: aquellos tiempos de apacible calma... *esos no volverán*.

Todo menos preocuparnos del origen del mal. Y si alguna vez pensamos en ello, lo hacemos de tal modo, que más valiera distraernos en otra cosa.

¿Por qué hemos de ser así? ¿Por no dedicar atención preferente a la causa que motiva esta falta de bienestar que envuelve nuestra vida particular y económica y por consecuencia nacional?

¿...?

Yo también, como cada *quien* tengo mis *idecas*, y en la ocasión presente, me siento Galeno, estadista y gobernante, por cuyo motivo voy a ofrecer mi receta, que creo *único e infalible remedio* a nuestros males.

Tal vez te parezca pasado mi tratamiento, pero yo te aseguro que es eficaz y cortará el mal de raíz.

Lo último que debe hacerse es la amputación del miembro dolorido. He aquí el remedio. Verás qué sencillo.

¿Tienes hijos? ¡Sí! ¿Pues educales! Y no como generalmente lo haces, que no basta enviarles a un colegio, más o menos *afamado*, y recomendar al profesor que les haga estudiar.

Hay que hacer mucho más. Hay que ver, hay que conocer bien al maestro, procurando que este sea completamente ajeno a la política (en la escuela) y francamente católico (dentro y fuera de ella).

Que sea buen ciudadano y discreto, para inculcar en el tierno corazón del niño un amor a la Patria (que representa a Dios), y amor a sí mismo, enseñándole a aborrecer cuanto no esté en armonía con la elevada misión que